

MONOGRAFIA CEDICE No. 20

EL OCASO DE UNA GRAN POTENCIA

Robert Krieble

PRESENTACIÓN

Esta monografía es una adaptación de la conferencia dictada por el Dr. Robert H. Kriebel, durante un reciente seminario del Atlas Economic Research Foundation en Indianápolis. El autor es un distinguido hombre de negocios norteamericano, quien hasta hace poco ejerció la presidencia de Loctite Corporation y actualmente es Vicepresidente de la junta directiva del Heritage Foundation en Washington.

Kriebel deplora la política de su país, bajo el cual se ha venido predicando desde la década de los años 60 en el sentido de que el crecimiento económico es contrario al interés público y que los norteamericanos deben apoyar aquellos planes en los cuales el Gobierno expropia la riqueza de quienes la producen para redistribuirla entre quienes la consumen. Los resultados de tales políticas han sido contraproducentes, al destruir la moral, la responsabilidad individual, los derechos ciudadanos, la familia y hasta los sentimientos patrióticos.

El autor se revela contra la apatía general de la comunidad empresarial frente al crecimiento desmedido del Gobierno, incitándola a apoyar el trabajo de aquellas instituciones privadas que luchan por proteger las libertades ciudadanas, tales como Atlas, Mont Pelerin, Heritage, Hoover, etc.

Kriebel no comprende por qué la comunidad empresarial apoya con su publicidad a medios de comunicación sin importarles la posición editorial de estos y a colegios y universidades sin primero examinar cuidadosamente la parcialidad y los prejuicios de la educación impartida en esas instituciones; pero, al mismo tiempo, la comunidad empresarial se muestra reacia a financiar los estudios e investigaciones de aquellas instituciones que defienden la libertad económica. “¿Por qué ayudamos a nuestros adversarios y no invertimos en nuestros aliados?” es la importante pregunta que nos formula este empresario.

Carlos Ball
1er. Vicepresidente CEDICE
Visiting Fellow, Heritage Foundation

EL OCASO DE UNA GRAN POTENCIA

Robert Krieble

El autor plantea por medio de este estudio, la pérdida de liderazgo de la economía norteamericana, así como de sus valores tradicionales: la familia, la religión, la escuela, la comunidad y su forma de gobierno. Según Krieble, gran parte del problema se debe a hombres de empresa que no han sabido enfrentar, efectivamente, la lucha ideológica entre la libertad y el colectivismo.

La creación de los Estados Unidos tuvo lugar sobre la base de un conjunto de principios y valores que permitieron que el país evolucionara, de simple colonia a líder del mundo libre, en un período de 180 años. Quienes condujeron al país fueron hombres y mujeres comunes y corrientes que compartían una concepción sobre cómo debía ser una sociedad buena y justa. Los grandes pilares sobre los que se edificó la nación norteamericana fueron el individualismo, la iniciativa personal y un gobierno muy limitado.

LA “NUEVA CLASE” DE BURÓCRATAS

En los últimos 25 años, con la emergencia de la llamada “Nueva Clase” de estadounidenses, que pasó a ocupar el sector público de la economía nacional, se puso en evidencia una ruptura radical con la tradición norteamericana. Jóvenes con recursos, con acceso a una buena educación que se moldearon en la turbulencia de la década de los '60 y de los '70: periodistas, profesores, trabajadores sociales, administradores del sector educativo, abogados y burócratas. Todos ellos hicieron carrera en un sector público en crecimiento.

Y, si bien ha sido esta élite la que ha dominado tradicionalmente al sector público en cantidad de países de Europa y América Latina, sigue constituyendo un fenómeno novedoso en Estados Unidos. Las actitudes de esta clase amenazan destruir las características de la democracia estadounidense, su exitoso sistema de libre empresa y, en consecuencia, el alto sitio que esta nación ocupa en la comunidad de naciones.

En su afán por regular todas las facetas de la vida humana, la nueva clase obstaculiza el progreso de la humanidad. Como expresara un ex presidente de la Cámara de Comercio de EE.UU.: “Un ejército arrogante y entrometido de burócratas, que no fueron electos, y que no responden ante nosotros, nos controlan la vida y nos cobran caro el flaco servicio”. Para aquellos lectores que viven en países partidarios del Estatismo, como parte de Europa y toda Latinoamérica, o para los jóvenes norteamericanos, esto podría parecerles el orden normal pero, para los ciudadanos de mayor edad en Estados Unidos, ello supone cambios muy drásticos en la naturaleza del gobierno. No es simple coincidencia el paralelismo que existe entre el surgimiento de esta clase y el abrupto descenso de Estados Unidos como potencia económica mundial. Las virtudes, que según Tocqueville, hacían de Estados Unidos un caso único, se están diluyendo.

Los programas para la “Gran Sociedad” del Presidente Johnson, que se iniciaron en la década de los '60, siguen siendo perjudiciales para la estructura del capitalismo democrático. Charles Murray describió esta situación con gran claridad en su libro “Losing Ground” (Perdiendo Terreno). Los programas animados por la búsqueda de bienestar personal, han puesto fin al empeño individual de lograr objetivos personales a través del trabajo y la disciplina. Ejemplo de esto es el transporte diario y obligatorio de escolares a otros distritos para forzar la integración racial a las escuelas públicas, así como otras formas de ingeniería social, que han sido puestas en práctica por burócratas que nunca fueron elegidos y, jueces que se creen con el derecho de determinar cuáles son los intereses de la nación.

El sistema escolar público norteamericano perdió su orientación hacia los logros, en el celo por cumplir con la imposición burocrática de sustituir las obligaciones que correspondían a los padres o representantes. Los resultados son evidentes: en una competencia que tuvo lugar recientemente en Japón, el

90% de los estudiantes japoneses de bachillerato tuvieron mejores calificaciones que el 5% de los mejores estudiantes estadounidenses. Cabe destacar también, el hecho de que día a día crece el número de extranjeros que egresan de las universidades de EE.UU. con honores, luego de vencer la desventaja que significa tener que perfeccionar el idioma inglés antes de poder abordar el estudio de las materias académicas. Por el contrario, son pocos los estadounidenses que se molestan siquiera por aprender otro idioma, porque sus padres no obligaron a las escuelas públicas a ajustarse a la globalización de la economía. La verdad es que, los estadounidenses en general, y las escuelas en particular, han mostrado poco interés y conocimientos sobre el mundo que les rodea. Es justamente esto lo que muestran los índices de comportamiento de la economía mundial.

Se observan símbolos de decadencia en el torbellino de sucesos económicos que ocurren. Japón y Europa tratan de acaparar los bienes estadounidenses con sus vastas y superiores reservas y con sus fuertes monedas. Nadie tiene mayor fe en el dólar, ni siquiera los norteamericanos, cuya preferencia por los bienes raíces, las antigüedades o las colecciones de monedas o estampillas, frente a las inversiones de capital, aceleran esa caída libre que hace descender la economía de los EE.UU. al nivel de economías de segunda. Pero no es necesario detallar los fracasos.

Los Estados Unidos no pueden seguir soportando una política antagónica a los valores tradicionales y al crecimiento económico. La comunidad empresarial tampoco puede poner en manos de la "nueva clase" de burócratas su propia responsabilidad por el progreso económico. La batalla a librarse es entre quienes quieren la libertad para labrarse su propio destino, y quienes están dispuestos a dejarse dominar por una legión incógnita de funcionarios impregnados de ideales colectivistas que, lamentablemente, cuentan con el apoyo diario de los medios de comunicación y de los profesores universitarios.

Los empresarios, como clase, no han sido muy eficaces en el forjamiento de políticas favorables a la libertad básica de emprender. Los planes gubernamentales, por su parte, han tenido muy poco éxito en lograr los objetivos que teóricamente buscaban, en cuanto a mejorar las condiciones de las masas. Desde el punto de vista político, las fuerzas democráticas que incentivan el status quo, están en mengua. El gobierno insiste en aprobar leyes que limitan la libre empresa. Los reguladores se deleitan promulgando normas que obstaculizan cada opción de trabajo.

La comunidad empresarial se desgasta reaccionando ante tan dañinas políticas y pareciera incapaz de forjar un contraataque. Los líderes empresariales norteamericanos, preocupados por micro-problemas, hacen caso omiso de los grandes problemas. Es más fácil inducir la resistencia de los principales ejecutivos de las empresas frente a problemas menores como la ley de empleo, seguridad y salud laboral, que dirigir su oposición hacia una campaña más intensa contra los burócratas que buscan sustituir el sistema de libre empresa por uno de planificación industrial centralizada.

“PERDIENDO TERRENO”

Es así como los estadounidenses se constituyen en testigos de una erosión inexorable de las libertades individuales y del alto nivel de vida que había sido posible gracias a esas libertades. Las regulaciones gubernamentales, no sólo han constituido un obstáculo para el progreso económico; también han puesto en duda el carácter ético de la empresa privada. Los países europeos lo han hecho, estatizando sus industrias. Los Estados Unidos lo hacen, reglamentando la autoridad gerencial en la toma de decisiones que afectan a la empresa. Este esquema de regulaciones transforma a los principales ejecutivos en dóciles supervisores.

¿Por qué los principales ejecutivos de las empresas no hacen uso de sus formidables recursos para contrarrestar esto?. Para defenderse con efectividad, las comunidades empresariales deben ocuparse menos de tantas leyes y decretos que obstaculizan la libertad y el desarrollo económico y, concentrarse más en vencer la ideología hostil que está detrás de cada Ley o Decreto.

Desde 1960, las políticas económicas estadounidenses se han formulado basándose en la falacia de que el crecimiento económico pugna contra el interés público y que los norteamericanos tendrían que acogerse a un plan de “Suma-cero”, donde nadie gana ni pierde, pero bajo el cual el gobierno expropiaría las riquezas a los que producen para redistribuirlas entre los consumidores. El hecho de que estas políticas se lleven a cabo bajo la concepción de que hay que compadecerse de los oprimidos o ser “justos” con aquellos en inferioridad de condiciones, no le confieren ninguna legitimidad. A lo largo de varias décadas, se ha comprobado no sólo el fracaso de estas políticas sino cuan contraproducentes son. Hay quienes las asocian con Robin Hood, otros con el fascismo. Como quiera que se las llame, los antecedentes evidencian que destruyen la moral, la responsabilidad individual, los derechos, la familia tradicional, el sentimiento comunal y el patriotismo genuino.

Los estadounidenses no pueden seguir valiéndose de culpar a otros países por su nivel de vida en descenso, ni por la pérdida de competitividad.

Un terreno de juego en desnivel, la competencia desleal y la inundación del mercado de EE.UU. por productos extranjeros subsidiados, constituyen problemas muy reales. Pero, no llegan al meollo de esa crisis mayor que debe enfrentar la comunidad Norteamericana. Se trata más bien de una crisis de gobierno: el ejercicio del poder por los individuos mismos o el autoritarismo. Los padres fundadores de la Constitución de los EE.UU. brindaron los medios para garantizar que el gobierno estuviera al servicio del pueblo y no lo contrario. La nueva clase de burócratas está alterando ese orden de manera inversa, mientras la comunidad de empresarios se mantiene en la apatía.

Sólo una ciudadanía muy bien educada podrá resistir las tentaciones de un Estado paternalista y las falsas promesas de los colectivistas.

La educación comienza a temprana edad y prospera en el marco de una familia sana en la que los progenitores establezcan normas reales, para que sus hijos crezcan de acuerdo a ellas. La responsabilidad de los hijos ante sus padres presupone la de éstos hacia la comunidad y hacia la sociedad en su conjunto. El sistema educativo norteamericano debe descubrir este precepto antes de que sea demasiado tarde.

Las guarderías infantiles que atienden a los hijos de los profesionales y que no son más que especies de “corrales” para los niños que aún no llegan a la edad pre-escolar o, las escuelas primarias que siguen políticas de promoción automáticas, exigiendo pocas horas de estudio, producen niños que no son responsabilidad de nadie y ciudadanos fácilmente manipulables por una burocracia autoritarista que tampoco es responsabilidad de ellos.

En “Losing Ground”, el importante libro que escribió Charles Murray, el autor describe el fracaso de las fuentes tradicionales de liderazgo que constituían el sostén de la sociedad estadounidense: familia, iglesia, escuela, comunidad y gobierno. De aceptar esta tesis como hecho ¿A quién se podría recurrir en búsqueda de una esperanza?

La nueva generación de instituciones en favor de las libertades individuales que han proliferado durante la década de los '80, son fuentes potenciales de inspiración y liderazgo. Son especie de facultades sin alumnos cuyas opiniones y escritos están al alcance de los forjadores de la opinión pública y de los profesionales de éstas políticas. Estas instituciones, relativamente nuevas, constituyen el antídoto necesario para la contracultura ortodoxa de las principales universidades norteamericanas, las cuales se han visto invadidas por los otrora líderes de los motines universitarios de los años '60. Son ellos mismos los que ahora imparten la enseñanza en tales instituciones.

Estos institutos carentes de estudiantes que proveen un lugar de trabajo adecuado para profesores que no tiene contrato fijo, pueden convertirse en uno de los mejores asideros contra la colectivización de la sociedad estadounidense, ya que se erigen como promotores defensores de la democracia y las teorías de libre mercado.

En nombre de este nuevo liderazgo, es necesario volcarse hacia instituciones como Atlas, Mont Pelerin, Heritage, Hoover, Sociedad de Filadelfia, Política y Ética Pública, instituto de investigaciones sobre la Economía Impositiva, Centro para el estudio del Derecho y la Economía, Instituto Manhattan, Fundación de la Cámara Nacional y muchas otras.

El principal atractivo de tales instituciones es que hacen más efectivo el rol de la sociedad –más competitiva, si se quiere- al estimular ciertas individualidades para que utilicen a plenitud el talento que dios les dio.

Ellas se pronuncian por los valores positivos. Propagan ideas útiles y constructivas. Están en contacto con los comunicadores de la sociedad. Y, del

fenómeno resultante, surgen mejores padres, mejores iglesias, escuelas, comunidades y un orden social que también funciona mejor.

LA RESPUESTA EMPRESARIAL

Para citar a Herb Schemertz, vice-vicepresidente de la Mobil para asuntos públicos: "Así como los ciudadanos tienen ciertas responsabilidades particulares en la democracia, la ciudadanía como colectivo tiene una responsabilidad similar: respaldar y fortalecer a esa misma sociedad que permite a cada individuo florecer. Una de las mejores formas para lograr esta meta es respaldando a aquellas instituciones sin fines de lucro que protegen las distintas libertades, las cuales, a su vez, enriquecen la calidad de nuestras propias vidas".

La comunidad empresarial debe suscribir tales esfuerzos. En esta batalla por las ideas, el espíritu filantrópico tanto de individuos como de empresas, podrían convertirse en una excelente arma si se utilizan de manera concienzuda. Simplemente, "hacer el bien", no basta como respuesta. Hay que asumir la tarea de reconstruir las estructuras de la sociedad democrática hasta que, en el caso norteamericano, esta pueda recuperar su ascendencia en la competencia global de los países. La pérdida de liderazgo por parte de EE.UU. fue un golpe bajo para las democracias; por tanto, es del interés de sus defensores en el sector privado financiar los esfuerzos necesarios para restituir a Estados Unidos de su grandiosidad. La ley permite al empresario estadounidense hacer donaciones hasta por un 5% del total de los ingresos que perciben las corporaciones antes de pagar impuestos. La comunidad empresarial, definitivamente, no se ha molestado en poner todos los recursos a su alcance para financiar la lucha más fundamental del presente siglo: el individualismo vs. el colectivismo.

Los empresarios han financiado a los medios de comunicación durante demasiado tiempo, sin importarles sus políticas editoriales. Igual han hecho con las universidades sin tomar en cuenta su sesgo ideológico. No se han sopesado otras implicaciones más importantes de esa caridad mal dirigida. ¿Por qué respaldar a nuestros adversarios en lugar de invertir en nuestros aliados?

Las encuestas realizadas en Estados Unidos indican que los medios de comunicación son hostiles a los valores democráticos tradicionales. ¿Por qué no ver este problema como una oportunidad?. En 1985, se invirtió en EE.UU. casi \$80 mil millones de dólares, sólo en publicidad. El cuadro es similar en las principales naciones industrializadas. La comunidad empresarial, con el poder financiero del que dispone, puede recompensar fácilmente a los medios de comunicación y castigar a los que, por el contrario, se opongan a las libertades fundamentales individuales.

Se debe exigir a la publicidad que haga algo más que vender productos. La publicidad debería ayudar a respaldar el sistema que permite el florecimiento de la libre empresa. Los propietarios de empresas deberían evaluar las

políticas editoriales de los medios, con el mismo criterio empresarial que utilizan para evaluar los datos sobre circulación y estrategias de mercado, y retirarle su respaldo a la mano que le da de comer a sus enemigos.

Sin los ingresos provenientes de publicidad, los medios de comunicación que menoscaban los valores democráticos y que mancillan a la empresa privada, terminarán marchitándose.

Los principales ejecutivos de las empresas del mundo libre deberían participar en esta lucha contra la “nueva clase”. De otro modo, el empresariado se verá aquejado por el cáncer de las regulaciones gubernamentales. De manera general, los principales ejecutivos de las empresas no parecieran estar dispuestos a tomarse el tiempo necesario para garantizar su participación directa. Sería más adecuado que designaran un gerente de políticas sociales para la empresa, el cual respondería directamente al principal ejecutivo de las empresas, y quien fungiría como representante de sus puntos de vista ante los más diversos grupos. Esta persona serviría de vínculo con el mundo de los institutos y fundaciones en favor de la libre empresa y la economía de mercado.

Los principales ejecutivos de las empresas están bien al tanto de los asuntos económicos pero, en su típico aislamiento de la sociedad en su conjunto, manejan poca información respecto a las amenazas fundamentales que se ciernen sobre ellos. Si bien las publicaciones, los periodistas, los dirigentes laborales y los profesores universitarios han cultivado exitosamente, en nombre de los políticos anti-empresa, a los grupos electorales activos, la dirigencia empresarial no ha utilizado su talento para construir su propio grupo de votantes dentro de la empresa privada.

Los presidentes de las empresas deberían dedicarse la mayor parte de su tiempo a trabajar en esta tarea. Los votantes más cercanos a la empresa privada son sus propios trabajadores. Sin lugar a dudas, en la economía competitiva global de hoy en día, la comunidad de intereses entre empleados y empleadores sobrepasa en demasía las diferencias que pudieran existir entre ambos. ¿No se debe gran parte del éxito de la industria japonesa al haber logrado el respaldo de sus empleados? ¿No podríamos colaborar todos con nuestras empresas y nuestras patrias dirigiendo nuestros esfuerzos de manera similar?.

Sería necesario convencer a los trabajadores para que presionen y ayuden a restituir el sentido común en las grandes decisiones del Estado. Sólo unos pocos de los principales ejecutivos de las empresas han aprovechado este potencial.

El mundo libre clama por un liderazgo constructivo. La comunidad empresarial debería dar mucho más; debe aprender a desdeñar a sus enemigos y apoyar a los libres pensadores, quienes desacreditarán la ideología colectivista de esta nueva clase de burócratas formuladores de políticas.

La última y mejor esperanza de la recuperación de los Estados Unidos no está, en modo alguno, en el gran gobierno, sino en las iniciativas particulares

de un sector privado cada día más preocupado por los fundamentos sobre los que descansa nuestro éxito como país.